

Pico a Tierra



Por Oscar Gómez *

La verdad yo nunca pretendí robarme ese pedacito de caucho rosado que aquella señora escupió; yo sólo quería saber qué era, olía rico. La señora lo escupió, esperé a que todos se alejaran y fui a ver si podía recogerlo con el pico. Me atrevo a decir que todos los pájaros lo hemos pensado, y me imagino que esta es precisamente la razón por la que los demás no lo han intentado. Ahora tengo el pico pegado al asfalto de alguna esquina de la capital de este reino de los hombres.

Estaba amaneciendo cuando fui a meter el pico donde no debía; ya son las 8 de la mañana, según escuché del señor que vende los mangos que baja de mi árbol, y yo sigo acá. El que se roba mis mangos ya me notó luchando, no espero que me ayude, sólo estoy esperando a que se le ocurra jugar puntería conmigo. Sólo estoy esperando a que me agarren como el cuidador de la cuadra de arriba, ¿no se enteraron? El animal ese mató a patadas a esa zorra cola

pelada que pasó, con sus hijos, demasiado cerca de su casetilla. La mató y los niños se fueron a buscar vida. Ya deben estar atropellados y desbaratados en alguna cuneta.

Los vendedores ambulantes me escuchan gritar. Sí, creo que me ha tenido lástima más de alguno y me ha tomado fotos más de otro, pero yo sigo acá. Es como el cuento del nido de zanates que los celadores y los vende mangos se aparearon del árbol de mango a puro almendrazo. Le tiraron y tiraron para ver qué pasaba. Y, ¿qué esperaban que pasara? Se cayó el nido, se rompieron el cuello mis retoños y se los comieron los gatos. Mucha gente los vio tirando las almendras, les reprocharon con la mirada, pero nada cambió; ahí cayeron los pichoncitos a sus espaldas y no se dieron cuenta. Sí, sí; muy triste y todo; pero, así es esto. ¿Qué esperaba yo que pasara? Un zanate viejo, con una sola pata, en este mundo de hombres. No podía terminar de otro modo ¿o sí? Pico al suelo en una esquina

de Villa Fontana, esperando que alguna de estas camionetas gire muy agudo o que me encuentre un perro. Pero bueno, así es esto.

Ya va llegando el mediodía y mis plumas negras no me ayudan con el tema del solazo de abril que amenaza con broncearme al mejor estilo de Tip-Top. La calle está llena, mi pico se quema y estoy empezando a desesperarme entre tanta persona pasándome tan cerca. Nunca esperé nada de ningún ser humano ¿saben?; pero, ¿qué tanto les cuesta separarme la cara del pavimento? Ya llevo más

de seis horas y ya escucho las apuestas del manguero que grita “¡Uuuuhhhhhh, casi!” cada vez que una bicicleta me pasa cerca. Ya no sé si quiero despegarme del suelo o que me aplaste una LandCruiser del año para, por lo menos, morir con clase. No, no; tengo una mejor idea: que me machuque un activista de PETA, para disfrutar de la ironía.

Y no pasaba ni una cosa ni la otra. No me ayudaban ni me machucaban. Yo sólo veía a alguna joven que me decía “pobre pajarito” sin siquiera disminuir el paso; veía a los

mangueros que gozaron cuando mi patita no dio para más y me acosté; veía como yo no era siquiera una anécdota curiosa para la mayoría de los ocupados transeúntes de mis aparentes últimos momentos de vida. La indiferencia me resultó fascinante.

*Estudiante de V año de Psicología.

